



En el aula Miguel Valero

La hoja de seguimiento de entregas

Ya falta poco para que empiece el curso. En cuanto haya formado los grupos prepararé la hoja de seguimiento de entregas. Es una hoja de cálculo, en Google Drive, accesible para mis alumnos (y solo para ellos) desde el campus virtual basado en Moodle. Se trata de una hoja en la que en las filas están mis alumnos, por grupos (sus nombres) y las columnas son las entregas de la asignatura. Puede haber entre 30 y 40 entregas (varias cada semana).

Cuando un alumno realiza una entrega, pongo una X en la casilla correspondiente de esa hoja. Es una tarea que me lleva unos 20 minutos, el lunes por la mañana cuando llego al despacho. No son los mejores 20 minutos de la semana, pero me da buen resultado.

Por una parte, al poner esa X estoy dando un mensaje muy claro al alumno: «Sé que has hecho la tarea». Y si no pongo la X el mensaje también es claro. Se ha hablado hasta la saciedad de la importancia de la realimentación en los procesos de aprendizaje (y seguramente me apetece contar alguna cosa sobre eso en futuros números de esta columna). Esta es una forma de realimentación sencilla, que tiene su efecto y con el coste que he dicho: 20 minutos a la semana. Bueno, miento. También hay que computar ahí el tiempo que dedico a procesar los correos electrónicos de los alumnos que me dicen: «Profe, que hace ya más de una hora que hice la entrega y aún no me has puesto la X». Pero esos mensajes me gustan, porque es la evidencia más clara de que ellos saben que estoy ahí, comprometido con el proceso, controlando la situación. Recuerdo que un compañero me sugirió la posibilidad de ahorrarnos esos 20 minutos semanales construyendo un módulo para Moodle que detectara automáticamente las entregas e insertara las X donde tocan. Le dije que ni hablar de eso. Que los alumnos se darían cuenta y eso acabaría con el efecto que llamamos: «Sé lo que hiciste el último verano».

Hay un segundo efecto interesante. Al hacer pública esa hoja de seguimiento de entregas los alumnos aprecian el progreso del grupo y los que no están haciendo el trabajo se sienten presionados. Esto es el efecto «manada de elefantes». Si consigues que algunos se levanten entonces ya se levantan to-

dos detrás de ellos. Pero claro, si no consigues que se levanten estás perdido. Si un alumno mira la hoja y ve que hay pocas X entonces se queda la mar de tranquilo. Es lo que tiene el aprendizaje activo: es muy contagioso, tanto la actividad como la falta de ella. Por eso me gustan los grupos numerosos, porque es más fácil que prenda la llama y se propague más rápido el incendio. Sonríe cuando recuerdo, hace años, discutiendo con los compañeros esta cuestión, uno propuso: «pues pongamos al inicio del curso algunas X aunque sean mentira, para prender el fuego». Todos nos reímos con aquella ocurrencia, pero segundos más tarde tuvimos una idea clave: hacer que las primeras entregas del curso sean triviales (el acta de constitución de grupo, la respuesta a un par de preguntas fáciles en la primera sesión, etc.), de tal manera que las primeras X vengan casi solas y todo el mundo se sienta dentro del tren y en marcha desde el primer momento.

Naturalmente esta idea de la hoja de seguimiento de entregas por sí sola no es la panacea. Hay que valorarla en su contexto. Desde luego, las entregas hay que mirárselas, más pronto que tarde, para decirles si están bien o no. Eso son más de 20 minutos a la semana. Aunque la cosa también tiene su técnica, de la que quizá hable en otras ocasiones aquí mismo. Además, la realización a tiempo de las entregas es un elemento importante del método de calificación de la asignatura. Por



Miguel Valero García es profesor del Departamento de Arquitectura de Computadores de la Universidad Politécnica de Cataluña. Ha sido Jefe de Estudios de la Facultad de Informática de Barcelona, Subdirector del Instituto de Ciencias de la Educación y Director de la Escuela Politécnica Superior de Castelldefels.

Es autor de numerosos artículos sobre innovación docente e in parte con frecuencia talleres de formación del profesorado sobre diferentes aspectos relacionados con la innovación docente en el marco del Espacio Europeo de Educación Superior. Más información sobre su trabajo puede encontrarse en su página web: <http://epsc.upc.edu/~miguel%20valero/>

una parte, realizarlas todas a tiempo tiene un premio de entre 1 y 2 puntos (sobre 10), aunque estén mal. Esto escandaliza a algunos compañeros: «¡No me digas que les das puntos solo por entregar papeles!». Yo siempre contesto que en el caso de que lo entreguen todo y todo esté siempre mal, entonces su nota será un 2 (un estrepitoso fracaso). Por otra parte, si es verdad que en general se valora poco el esfuerzo y queremos cambiar eso, pues algo habrá que hacer. Y eso que estoy contando es un ejemplo sencillo: llevar el trabajo al día tiene su premio.

Además, el método de evaluación dice que si no se realiza a tiempo al menos el 80% de las entregas entonces la asignatura se suspende. Ese también es un mensaje potente: el trabajo hay que hacerlo, no hay alternativa. Esto parece de Perogrullo, pero muchas veces entramos en la discusión de si podemos hacer algo así o no, teniendo en cuenta el consabido derecho del alumno al examen final, según el cual debe poder aprobar aunque se haya pasado por el forro esas 150 horas de trabajo (en una asignatura de 6 ECTS) y haya pasado olímpicamente de hacer esas 40 entregas. Yo también pensé que la normativa académica de mi universidad me impediría aplicar esa norma. Pero resulta que no. Que puedo aplicarla, porque hay una frase que dice:

«Si entre las actividades programadas hay proyectos o trabajos prácticos, ya sea de laboratorio o de campo, el plan docente de la asignatura puede prever que sea condición necesaria para superar la asignatura realizar tales trabajos y presentar los informes correspondientes.»

No sé si el legislador estaba pensando en un caso como el mío, con esas 40 entregas que incluyen actas de constitución de grupo, autoevaluaciones, cuestionarios de incidencias críti-

cas, etc. Pero en cualquier caso, yo me amparo en esa cláusula y nunca he tenido ningún problema con ese aspecto del método de evaluación.

Otra de las cuestiones que suele surgir al comentar la técnica de la hoja de seguimiento de entregas es la de la protección de datos. Muchos opinan que en su universidad no podrían hacer algo así porque la ley prohíbe hacer públicos los nombres de sus alumnos con las notas. Confieso que no conozco los detalles de la ley, pero está claro que aquí no se hacen públicas las notas y que lo que se hace público es para el colectivo de la clase (profes y alumnos). Nadie más puede entrar al campus digital a mirar esas X. En fin, nunca tuve ningún problema con eso tampoco.

Doy por sentado que el lector de esta columna comparte conmigo el criterio de que una docencia de calidad (incluso la universitaria) requiere de una planificación precisa de las tareas que debe hacer el alumno, incluyendo qué entregas debe hacer y para cuándo. Si no es así, entonces no creo que el lector haya llegado hasta este párrafo. Se habrá quedado en el primero pensando: «Hombre, que estamos en la universidad y ya son mayorcitos como para decirles qué tienen que hacer y para cuándo tienen que hacerlo». Este es el eterno debate sobre el paternalismo en la enseñanza universitaria. Me apasiona debatir sobre esta cuestión. Ahora mismo me enrollaría algo más sobre el tema, pero tengo que acabar la columna ya porque se me acaba el plazo de entrega marcado por el editor.



© 2016 M. Valero. Este artículo es de acceso libre distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons de Atribución, que permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra en cualquier medio, sólido o electrónico, siempre que se acrediten a los autores y fuentes originales